

LA SEMANA SANTA EN EL RECUERDO

Isabel Villaseñor Rodríguez

Cronista Oficial de la Villa de la Muy Leal Villa de Quintanar de la Orden

Publicado en el Libro de la Junta de Cofradías de Semana Santa de 2012

Todo empezaba con el “jueves lardero”: la rosca de pan con su huevo y su chorizo y, de postre, una naranja. Familias enteras y grupos de niños lo celebraban yendo a merendar al “pradillo”, al “charco la Blanca”, o a cualquiera de las eras del entorno. Pero, unos días después, se acercaba la Cuaresma. El ayuno y la abstinencia como signos de penitencia y arrepentimiento. No se podía comer carne los viernes, salvo que pagases una bula que te permitiera hacerlo, aunque no valen bulas para los días señalados: el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo. El carnaval pasaba sin pena ni gloria; con bailes en los salones y máscaras ilegales que corrían perseguidas por las fuerzas del orden. No como ahora, que tenemos comparsas y concursos. Y pensando en el Domingo de Ramos, porque “el que no estrena nada, no tiene manos”. Y estrenábamos algo, aunque no se pudiera enseñar. El Miércoles Santo empezaban las procesiones. A primera hora de la tarde, el cura y los monaguillos, perseguidos por una bandada de niños, bajaban la imagen desde San Sebastián hasta la Ermita de la Virgen con sonido de carracas. Y el Jueves y el Viernes Santos, las procesiones “del escándalo” y “del silencio”. Las imágenes, seguidas de las familias que las hubieran comprado y sus conocidos, recorrían las calles de un Quintanar sin asfaltar y sin nazarenos. Imágenes que aún tenemos, porque las de antes de la Guerra Civil, desaparecieron. Y “los pasos”, muy tempranito. Y junto a esas expresiones públicas de fe, los Oficios, a hora temprana. Los de la Ermita de la Virgen y los de la Parroquia, donde, el Jueves Santo el sacerdote lavaba los pies a 12 ancianos del Asilo y el Viernes, se recitaba “la sentencia” desde el coro, con gran afluencia de público. El Jueves Santo, desde la tarde, se recorrían “los monumentos”, expuestos toda la noche. Señoritas con mantilla, ancianos y niños. Una vez que todo había pasado, se recogían las plantas y las velas que los habían adornado; las primeras, para echar en la tierra, esperando una buena cosecha, y las segundas, para encender en días de tormenta: “las velas del Santísimo”. Ya el Domingo de Resurrección, tras presenciar el encuentro entre la Madre y el Hijo Resucitado a las puertas de la cárcel y asistir a la función, todos marchaban al campo con sus hornazos,

tortas dulces rellenas de huevo y chorizo que se preparaban en casa y se llevaban a cocer al horno. Pero no acababa ahí la fiesta porque “el lunes de Pascuilla”, normalmente sin colegio, se volvía al campo a merendar. Adiós al potaje, al bacalao con tomate, las natillas y torrijas.